

Capital poética

Trabajar en el Museo de Bellas Artes de Santiago, con la libertad de moverse entre sala y sala, era hasta entonces lo más metropolitano que yo había experimentado. El **2002**, en el marco de la exposición de celebración de los 50 años de la escuela, nos convocaron a participar en las faenas de montaje. Teníamos que recibir los croquis que habían enviado los exalumnos y ubicarlos en un soporte de alambre tensado. Allí, sentada en el piso de la sala Matta, pensaba en todas las personas que habían enviado un croquis: algo nos vinculaba, ¿habrá sido su experiencia tan radical como la mía?

Un año antes, el 2001, yo había llegado desde Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, para estudiar Arquitectura. No tenía grandes referencias de la escuela a la que iba, solo sabía que tenía una orientación particular y artística. Eso me gustaba. En la primera clase de Amereida me enteré de que mi lugar natal era la capital poética de América. No lo podía creer. Me parecía un sinsentido no haber sabido algo tan relevante. Era algo que se mencionaba constantemente, lo que reforzaba mi ignorancia. Con el pasar de los días comencé a sentirme como una rareza: yo venía de la capital poética de América, asunto que parecía ser central en este lugar.

Ese año había muerto Godofredo Iommi y se hizo un acto poético masivo en la Ciudad Abierta. Nuevamente surgía Santa Cruz de la Sierra en boca de los fundadores de la Escuela. Hablaban del viaje de 1965 y yo –un poco imprecisa en las fechas– no podía dejar de pensar en que probablemente el Che Guevara estaba escondido en la selva de manera simultánea, y en las dificultades que debe haber significado explicar la travesía a los militares bolivianos. Ese acto poético es el más grande

que me ha tocado experimentar, y a pesar de su tamaño, seguía teniendo esa dimensión agreste, privada y silenciosa con la que sigo relacionando mi experiencia de estudio en Valparaíso.

En Santiago, en el primer museo de artes de Latinoamérica, la sensación era otra. Había pasado de una provincia a otra y la escala de estos espacios me intimidaban. A su vez la libertad de entrar a rincones desconocidos, almorzar en la escalera que lleva a la sala Matta y descansar acostada bajo esta enorme bóveda vidriada me emocionaba. Mi experiencia en la Escuela siempre tuvo esa dualidad: una sensación de estar en el margen de algo y simultáneamente en el centro. Pertenecer a algo muy pequeño y a la vez muy grande.

Olivia Coutand Talarico